

## SOBRE LA TRANSITORIEDAD DEL PENSAMIENTO

Patricia Checa\*

En su trabajo "Sobre la transitoriedad" (1915), cuenta Freud que en una ocasión en que realizaba un paseo por el campo, acompañado por un taciturno amigo y por un joven poeta, se sorprendió de como éste último era capaz de admirar la belleza de la naturaleza que los rodeaba, mas no de sentirla. Se preguntó sobre la cerrazón y al mismo tiempo, el estado de alerta de aquella mente, impedida de abandonarse a la experiencia.

La observación del proceso mental de sus amigos y del suyo, que sí le permitía disfrutar de la belleza, le sugirió que lo que los perturbaba era saber que el encanto del entorno podía extinguirse con facilidad, por ejemplo, cuando llegase el invierno, constatando así que la transitoriedad estaba presente en todo lo bello. En tanto aquellos temían ser desilusionados, ponían a un lado la experiencia placentera. El resultado parecía ser el afloramiento de sentimientos de hastío en uno de sus acompañantes, y de rebeldía frente al mundo, en el otro. Para éste algo inmortal debía ser capaz de persistir y de escapar a la imperturbabilidad del paso del tiempo.

Puesto que a Freud no le satisfizo ninguna de las dos alternativas, buscó una tercera, encontrando dificultades para describirla. ¿Cómo tolerar una inmediata experiencia de contacto con la belleza, que no se diluyera tan prontamente? Una flor que florece sólo una noche, decía, no tiene que parecernos menos atractiva, a menos que se acepte su realidad efímera. Por el contrario, ésta puede incrementar su valor.

Como corrían los tiempos del inicio de la primera guerra mundial, Freud tenía muy presente la muerte y destrucción que aquella podía causar entre los hombres, influyendo desfavorablemente en el ánimo de todos. Se preguntaba si acaso los bienes son realmente desvalorizados ante nuestros ojos, sólo

---

\* Miembro Asociado de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis.

porque demuestran ser perecederos... Se hacía cargo de que quienes así pensaban, lo hacían presumiblemente, porque había una fuerza poderosa en ellos, que los hacía evitar sentimientos dolorosos.

Este sucinto ensayo que fue escrito casi de forma simultánea a “Duelo y Melancolía” que recién fue publicado dos años más tarde, muestra, en un estilo filosófico-literario, la necesidad de elaborar los sentimientos de pérdida, que suelen empañar nuestra vitalidad y sobre la posibilidad de recuperar en nosotros, lo sentido como fatalmente destruido. Poéticamente, Freud nos recuerda que de no mediar el duelo correspondiente, podemos embotar los sentidos, y permanecer indiferentes ante lo bueno y amado de la vida. Para hacerlo encuentra inspiración en sus propios sentimientos de desánimo por aquél entonces, en abierto contraste con la belleza y capacidad regeneradora de la naturaleza. El escrito se lo habían solicitado al fundador del psicoanálisis para un homenaje a Goethe.

Como Freud no estaba interesado en la reflexión filosófica, de cuya abstracción descreía, cuanto en profundizar en el estatuto psíquico de tópicos tan caros a filósofos y poetas como la transitoriedad, la muerte y el duelo, durante ese mismo año, escribió doce trabajos, de los cuales solo publicó siete, partiendo siempre de la elaboración de sus propias angustias y su cambiante estado de ánimo, sobre lo que abundaremos.

Sus biógrafos lo retratan durante esos años en la aciaga atmósfera social en la que te tocó vivir, abrumado inicialmente por sentimientos contradictorios respecto a la primer guerra mundial, tornándolos por desesperanzados más tarde. Si bien al principio se había ilusionado por la posible victoria de su patria Austria, pronto tuvo que dar lugar a la desilusión y la aceptación de la inminente derrota, la crueldad y duración del mencionado enfrentamiento bélico. Temía por sus dos hijos en el frente, por la amenaza de discontinuidad para su movimiento incrementado por la seria discrepancia con los colegas más cercanos y por la disminución de su trabajo remunerado. Pese a que nosotros vivimos en una latitud y tiempo diferentes, experiencias históricas muy difíciles, el recuerdo de las vicisitudes de la vida de Freud no deja de sorprendernos. Como lo enfatizan Jones (1985), Gay (1988), Clark (1980) y Shur (1980), las diferentes dimensiones de su tragedia personal no lograron mermar su capacidad de pensar, meditar y escribir, configurando, lo que hoy en día algunos llamarían una personalidad resiliente.

Como si las amenazantes circunstancias externas no fuesen suficientes, no podemos dejar de considerar lo que Shur (1980), su médico personal durante los últimos diez años de su vida, nos recuerda sobre los aspectos autopunitivos de su paciente. En su fuero más íntimo se sentía inclinado a pensamientos sombríos respecto a sí mismo, teniendo la sensación de poseer pocos atractivos personales. Sufría de angustias de muerte, creyendo poder anticiparla, las que posteriormente transformó en temor a envejecer. Si lo que finalmente predominaba en él era la tenacidad y el coraje para seguir viviendo creativamente, sin retroceder frente a los obstáculos, ni de caer víctima de sus

propias angustias destructivas, inferimos que sus dotes excepcionales como hombre y pensador guardaban una estrecha relación con esta batalla psíquica. Para los fines de este trabajo conviene preguntarnos si aquella se encuentra suficientemente dibujada en sus escritos teóricos- técnicos, o si es menester resaltarla en nuestro afán de esclarecer facetas opacas en nuestra práctica como psicoanalistas.

Volviendo al texto que mencionamos al inicio, pese a la licencia poética asumida en el mismo por Freud, existe la conjetura sobre el evento real que lo habría inspirado: un probable paseo realizado en el verano de 1913 en Munich en compañía de Rilke y de Lou Andreas Salomé (Lehmann, 1966). Si bien Jones y el mismo Strachey, éste último en el pie de página que adjunta al ensayo, no lo indican así, Lehmann lo esgrime como plausible a partir de los datos que Salomé brinda en su diario sobre esa época. Sin detenernos a discutir lo posible o no de la veracidad de los datos históricos, nos interesa reconocer a las reflexiones del texto "Sobre la transitoriedad" como fruto de una dolorosa introspección, como el producto de una sostenida lucha entre impulsos de vida y de muerte, llevada a cabo también como un tácito e imaginario dialogo sobre temas comunes o antitéticos con otros autores.

Efectivamente, Lou Andreas Salomé, la aplicada discípula y amiga querida de Freud, desde dos años atrás, pese a permanecer muchas veces en silencio frente a su maestro (por lo que Lehmann plantea que ella sería el "taciturno amigo"), solía expresar sus propias opiniones sobre temas trascendentes para ambos. La formación filosófica de Lou y su relación previa con grandes hombres como Rilke y Nietzsche le otorgaban un aura adicional a su atractiva personalidad, dando la impresión de que su vida amorosa discurría al mismo paso que su búsqueda de conocimiento. Cuando se encontró con Freud, a la par que esperaba desentrañar psicológicamente los enigmas existenciales planteados por la literatura y la filosofía, también hacía las veces de catalizador de ideas entre grandes pensadores.<sup>1</sup> Desde otra perspectiva, la amistad entre Freud y Salomé significó un singular entrecruzamiento de dos personalidades que venían de distintas direcciones, para encontrarse en una suerte de camino intermedio. El racionalista y pesimista Freud sumiéndose cada vez más en las profundidades del subconsciente para develar las claves de lo irracional, y la optimista Lou, esforzándose por ascender y buscando un así-

---

<sup>1</sup> Si bien Freud repitió varias veces no haber leído a Nietzsche a cabalidad, las conexiones entre ambos pensamientos constituyen un tema frecuentemente investigado. Su afán de mantenerse ajeno a influencias que pudiesen perturbar su propia investigación, no descarta que la filosofía jubilosa de Nietzsche, de "resistencia al pesimismo" no estuviese frecuentemente connotada en sus encuentros con Salomé. Además del giro específicamente anticientífico de los textos de Nietzsche, es probable que su conocida patología y triste final habrían significado una advertencia negativa adicional para aproximarse, de modo explícito, a su pensamiento.

dero más estable en las percepciones conscientes (Peters, 1995). Concretamente, ella confiesa en su diario de esa época, que con Freud se sentía a salvo de su sucumbir a sus antiguas inquietudes religiosas.

Lehmann plantea que en el texto gravita el tema de la fugacidad rilkeano<sup>2</sup>, el que Freud habría encontrado inaceptablemente místico y pesimista. Lo que añadimos es que también habrían estado revoloteando las ideas sobre el Zarathustra de Nietzsche<sup>3</sup> y el Canto a la Vida<sup>4</sup> de Salomé. Ambos guardan un tono optimista del que Freud se sentía lejano. El ánimo vital del fundador del psicoanálisis manifiesto en su escrito "Sobre la transitoriedad" no expresa la exaltación jubilosa propia del espíritu dionisiaco nietzscheano. El intenso estado emocional de Freud es expresado con sobriedad. Su estilo literario no le hace abandonar su disposición científica "medida" (con pretensiones positivistas). Es ésta la disposición razonable que él recomienda para poder ir librando al ser humano de sucumbir frente a sus profundidades irracionales. La vivencia de la guerra, las escisiones dentro de su movimiento y sus propias angustias de muerte lo tornaban cada vez más inclinado a pensar que la teoría psicoanalítica era sólida: los impulsos irracionales tienden a predominar y a determinar el curso de la existencia humana, sino logra mediar la razón. Sin embargo, el énfasis sobre la valoración de la vida en el escrito "Sobre la transitoriedad" nos habla también de una postura más justa para con su igualmente reconocida fe en los impulsos libidinales. Pensamos con Ricoeur (1970) que la teoría de la mente freudiana intenta, a lo largo de toda su obra, superar la dualidad entre las exigencias de la realidad y aquellos impulsos que proclaman las ganas de vivir. En buena cuenta se trataría de encontrar las claves para transitar el hiato o cesura que separa al romántico Eros de la fría consideración de la Realidad (Ricoeur, 1970). Por lo que es fácil imaginarnos que el encuentro con Salomé (con alusiones a la filosofía de Nietzsche) significó muchas veces una experiencia de contrapunto y otras de germina-

<sup>2</sup> En "Las Elegías del Duino" Rilke expone una versión animista de los ciclos vitales inscritos en una suerte de continuidad existencial eterna, como una forma de superar su propia melancolía (Lehmann, 1966, p. 424)

<sup>3</sup> El libro de madurez de Nietzsche "Así habló Zarathustra" fue escrito queriendo devolver al hombre el sentido de la tierra, exaltando la vida en la plenitud de sus manifestaciones y previniéndolo contra los que la denigran, poniendo sus esperanzas en una vida después de la muerte. La vivencia del Eterno retorno tendría que llevar al hombre a preguntarse "¿Es esto la vida? ¡Muy bien! ¡Pues que vuelva a empezar!"

<sup>4</sup> Nietzsche creó la obra musical "Himno a la amistad" tomando los versos del poema "Oración a la vida" de Salomé, en el que ensalza a la vida a pesar de sus sufrimientos. En su "Mirada retrospectiva" (1988) ella cuenta que un día hablaba con Freud... "sobre la melancolía que la vida aporta con la experiencia, aún en el caso de poseer un carácter favorable, de la falta de creciente euforia y de su horror ante el Poema de la Vida que seguramente acababa de leer en las composiciones de Nietzsche", adicionando un comentario burlón "¡No!, sabe usted ¡ahí no tomaría yo parte! ¡Me bastaría un constipado irreparable para curarme en salud de tales deseos! (Salomé, 1977, p. 250).

ción de valiosas reflexiones vinculares. Esto último es lo que consta en el epistolario entre ambos, y de lo que no nos ocuparemos.

Lo que sí recordaremos es que el dualismo Vida-Muerte, Freud recién lo fundamenta cinco años más tarde en "Mas allá del principio del placer" (1920), y que con este libro inicia, de modo más sistemático, la lucha contra la ilusión, entendiendo a ésta como un peligroso derivado del principio de placer. En esta perspectiva el inconsciente es más bien entendido como "caldero de impulsos en ebullición", apuntando siempre en dirección opuesta al principio de realidad. Salomé, por el contrario, siempre entendió al inconsciente como el gran depósito de la actividad creadora, mostrando una mayor confianza en los procesos primarios. Pensaba que la transformación de la propia existencia no puede prescindir del caudal que proviene de nuestros impulsos más atávicos. "El psicoanálisis era para ella, suscitando la sonrisa burlona aunque también admirativa de su maestro, "la brillante expansión de la propia vida mediante el exámen de la raíz del propio ser, de la que brota el todo" (Peters, 1995), brindando una opinión más asentada en lo emocional.

Sin embargo, los nexos que Freud establece entre el estado de ánimo de los amigos que dan un paseo y sus limitaciones para percibir a su alrededor, introducen de lleno la consideración de las emociones, estrechamente vinculadas a los problemas del pensamiento, como parte crucial de la observación psicoanalítica. Cuando la vivencia de lo transitorio o de lo ausente pone a prueba la capacidad perceptiva, pudiendo suprimir las emociones que se requieren para que ésta funcione en forma adecuada, o cuando la acción perturbadora de los deseos o pulsiones inconscientes recortan a la atención consciente, se asume que la elección de las representaciones implica una selección, una metabolización, un arduo trabajo interno para transformar las impresiones sensoriales en pensamiento.

Si bien el autor en ese entonces enfatizará la elaboración del duelo como medio para despejar la mente para las buenas experiencias, también esboza lo que posteriormente constituirá un aspecto importante del psicoanálisis actual. Según Etchegoyen (1986), citando a Money Kyrle, la consideración del error conceptual como creador de patología corresponde a la etapa final de la evolución del pensamiento psicoanalítico. En ésta se enfatizan los problemas vinculados a la tolerancia al dolor para poder pensar, para forjar una adecuada capacidad de observación y de conocimiento de la realidad interna y externa, estrechamente implicadas. Para Sor y Senet (1993) la tolerancia/intolerancia a la frustración incluiría también paciencia frente a la incertidumbre, a lo aleatorio y a un sentido de infinito. Las experiencias emocionales concomitantes al pensar otorgan también a éste su cualidad transitoria. Estos autores, estudiosos de la obra de Bion, añaden la tolerancia a la elección, vinculada a la opción de hallar y reconocer, en medio del bullir del pensamiento, aquello que proporciona un transitorio sentimiento de armonización.

Es justamente lo que el texto que hemos elegido transmite: un Freud lidiando con vivencias dolorosas, luchando entre versiones de aprecio y

desprecio de la vida, inclinándose, inspirado por lo más inmediato sensorial a él, por la bondad y belleza de la existencia. En su introspección participan tanto sus distintas voces como conspicuos personajes del mundo literario y filosófico, que él quiso representar como acompañantes de un agradable paseo por el bosque.

La aproximación psicoanalítica post-freudiana, particularmente desde los aportes de Winnicott y Bion, incluyen versiones más cercanas a las teorías de Nietzsche y Salomé, y aquella implícita que Freud esgrime en este texto. El conocimiento de la realidad -transitoria por naturaleza- se encuentra bastante alejado del mundo de las certezas y sujeto a la acción de estados anímicos variables. Lo que sobresale es el coraje y la tolerancia para acoger las emociones suscitadas por las circunstancias del mundo externo, en íntima conexión con dolorosos hechos de la propia personalidad, los que en el texto freudiano mencionado, permanecen silenciosos. Sin embargo, su búsqueda y señalización de los "hechos" traumáticos, como elementos explicativos de la patología, y el temor que despertaba en él las fuerzas de lo irracional, lo hicieron recortar la importancia de lo primario para la gestación del "secundarizado" proceso del conocimiento. Desconfió la más de las veces de la ilusión como medio de contacto con los objetos internos, de la imaginación y de la capacidad de "soñar" la realidad como los mejores medios para acondicionar el prisma para la captación y aprecio de la existencia.

La teoría psicoanalítica clásica que con frecuencia enfatizó lo intelectual para sobrepasar a lo irracional, se encuentra lejos de la agónica propuesta del "saber alegre" de Nietzsche. Para éste, la aceptación de la realidad "tal y como es" no tiene que eximir al que la conoce de poder amarla, ofrendándole a la misma un "sí ilimitado", acogiendo su vivaz perennidad (Santuc, 2000). Mientras la sensibilidad de nuestro nuevo siglo se siente cada vez mas dispuesta a acoger la vital filosofía de Nietzsche, en el psicoanálisis contemporáneo también hay corrientes que otorgan suma importancia a poder distinguir entre actitudes que acogen, recortan o niegan la plenitud de las experiencias de amor, odio o conocimiento de la realidad y de cómo solemos transitar de una a otra de ellas.

## Bibliografía

- CHAMBERLAIN, L. (1988) Nietzsche en Turín. Barcelona, De. Gedisa.
- ETCHEGOYEN, Horacio. (1986). Los fundamentos de la técnica psicoanalítica. Buenos Aires, Amorrortu
- FREUD Sigmund. (1972). "Lo perecedero". *En: Obras Completas, tomo IV*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- GAY, Peter (1988). Freud a life for our time. New York, Anchor Books.
- LEHMANN, H. (1966). "A conversation between Freud and Rilke". *En: The Psychoanalytic Quarterly*, 35: 423-427.

- PETERS, H.F. (1995). Lou Andreas Salomé. Mi hermana, mi esposa. Barcelona, Paidós.
- RICOER, Paul (1970). Freud & Philosophy: an essay on interpretation. New York, Yale University Press.
- SALOME, L. A (1977). Aprendiendo con Freud. Barcelona Laertes.
- \_\_\_\_\_ (1988) Mirada retrospectiva. Madrid, Alianza
- SANTUC, Vicente. (2000). Nietzsche: la invitación al "Saber alegre". *En: Ponencia en Velada nietzscheana. (Lima, oct., 2000.)*
- SHUR, Max (1964). Meeting of the Psychoanalytic Society.
- \_\_\_\_\_ (1980) Sigmund Freud, enfermedad y muerte en su Vida y en su obra. Buenos Aires, Paidós.
- SOR, Darío (1993). Fanatismo. Buenos Aires, Ananké.

**PATRICIA CHECA**

7 de Junio 145-702, Lima 18, Perú

Telf. 444 1339

E-mail: pcheca@terra.com.pe